
Los fieles seculares en la Iglesia

Pablo y Patricia Stiefken*

INTRODUCCION:

Tratar sobre la misión del seglar en la Iglesia, para muchos supondría asumir el esquema eclesiológico tradicional que coloca en contraposición clero y laicado, como dos entes esencialmente diferentes. El primero, aparece en ese esquema como el representante de la Iglesia, el segundo como un “añadido”.

Las diversas definiciones que se han dado al seglar, se basan en precisar lo que no es. Esto deja traslucir las dificultades de una eclesiología que por diferentes razones históricas, llevó a la Iglesia a definirse por su estructura y por su función administrativa, donde el seglar ocu-

pó siempre el nivel inferior. De esta definición orgánica, surgió como obvia consecuencia la separación de funciones entre sacerdocio y laicado.

Al sacerdote corresponde las funciones en la Iglesia y al seglar ejercer sus funciones en el mundo. Evidentemente Iglesia y mundo, aparecen como realidades paralelas.

Por fortuna, se ha logrado en buena medida superar estos esquemas, con el Concilio Vaticano II, que centra la definición de la Iglesia en su Misión y que recuerda que el laico, por el Bautismo y la Confirmación participa de la ministerialidad de Cristo y que por ello es también, sacerdote, profeta y rey.

* Presidentes para Colombia del Movimiento Familiar Cristiano; Miembros del Pontificio Comité de Laicos.

Sin embargo, han pasado veinte años del Vaticano II, y en la *práctica* las nuevas eclesiologías encuentran grandes escollos. La ruptura con los esquemas tradicionales es difícil y no pocas veces sin fricción con aquellos que se aferran a lo que fue antes.

No es claro el espacio que la Iglesia institución abre para el ejercicio de la ministerialidad laical, si no es el que la ubica en el "mundo", al margen de la Iglesia.

Tampoco es claro el acceso del seglar a participar en los órganos de decisión de la institución. Aparece muchas veces como el cumplidor y el ejecutor de normas que no comprende plenamente.

El tema de la mujer en la Iglesia, presenta aún mayores dificultades, pues la más de las veces, simplemente es ignorado.

1. EVOLUCION DE ACTITUDES

Un rápido análisis esquemático, nos muestra la variación en las actitudes del laicado en el tiempo.

Algunas de estas actitudes típicas tuvieron validez durante más tiempo que otras, pero todas ellas, se caracterizaron como exigencias de los enfoques teológicos de cada momento histórico.

Desde los primeros siglos, el "testimonio" como forma de vivir las exigencias evangélicas, ha sido una actitud que pretende enfrentar y vencer las estructuras del pecado que aprisionan a los hombres.

En aquellas épocas era el "testimonio" (martirio) considerado como la mejor forma de entregar la vida por la salvación del mundo; luego era considerado el mejor "servicio" que un cristiano podía prestar en su comunidad.

Poco a poco, con el correr de los tiempos y a medida que el cristianismo se hacía paulatinamente más privado, el ámbito de los compromisos y de los servicios se fue haciendo más privado, más restringido y los hombres fueron abandonando la misión de atacar el mal (pecado) en su propia estructura pública.

Como consecuencia de esta estrechez de perspectiva, el compromiso y el servicio pasaron a asumir, no una dimensión de salvación, denunciadora y profética, sino una dimensión puramente asistencial, como ayuda material a los hombres en sus necesidades concretas.

Durante la llamada era de cristiandad, con la secularización de las tareas de construcción del Reino de Dios, en el esquema teológico de cristiandad, consistían en trabajar por el bien directo e inmediato de la Iglesia institucional, creando condiciones para que sus intereses-representados sobre todo por los intereses de la jerarquía o del clero, fuesen resguardados.

La Iglesia consideraba como su misión:

- cuidar de la extensión de los grupos visiblemente institucionalizados por ella.

- reclutar nuevos cristianos, haciéndolos semejantes a los cristianos antiguos.

- administrar las varias asociaciones creadas por ella.

- administrar y consolidar aquello que ya existía.

Hubo con Jacques Maritain una primera tentativa de romper esa estructura y la mentalidad de cristiandad, colocándose en su lugar, lo que el mismo denominó "nueva cristiandad": el mundo pasó a ser aceptado en su realidad autónoma; la tarea de construcción de la sociedad política se desvinculó de la tutela de la jerarquía. Los laicos asumieron, como suya, la función de crear la nueva cristiandad e intentaron agruparse en organizaciones o movimientos cristianos, para conseguir su intento.

Sin embargo esa tentativa de Maritain -y esfuerzo por romper con la era de cristiandad- continuó situando la Iglesia y el mundo en planos claramente diferentes, unidos sólo por el proyecto del Reino de Dios, para el cual ambos debían trabajar, cada uno en su área específica e independiente. Esto acentúa en consecuencia la diferencia de funciones entre sacerdotes y laicos e identifica la misión de los movimientos laicos con la misión de la Iglesia: animar el mundo temporal permaneciendo neutros y apolíticos.

En épocas más recientes, y hasta

antes del Concilio Vaticano II, se conservan algunos rasgos de épocas anteriores.

El laico de este tiempo se caracteriza, por un marcado dualismo entre fe y vida; incapaz de tomar decisiones sobre su vida religiosa, especialmente en el campo de la moral, y deseosos de que el sacerdote tome las decisiones por él y le diga lo que está bien y lo que está mal; dependiente de normas impuestas; ve la Iglesia como lugar único de su propia salvación individual; restringe su vida de fe, únicamente a las prácticas piadosas, etc.

Hoy, como es natural, el proceso de cambios profundos en que se sumerge la Iglesia al asumir su misión histórica causa tensiones y crea áreas de resistencia entre aquellos que, por un motivo y otro, no consiguieron avanzar a este ritmo.

Diferentes perspectivas entran en lucha y constatamos que unos ven:

a) bajo una visión estática, Iglesia y mundo, son consideradas realidades completas, yuxtapuestas o paralelas, cada una sujeta a su propia evolución, partiendo de valores y objetivos propios;

b) bajo una visión dinámica, la Iglesia se inserta en el mundo como simiente a punto de fructificar, jamás como una realidad paralela o yuxtapuesta a la historia de los hombres. Su misión consiste en realizar, en cada época, cultura o civilización la encarnación de Cristo

en el mundo, asumiendo como El, toda la condición humana excepto el pecado.

Quisiéramos insistir en la “artificialidad” más bien didáctica de la antítesis entre “una Iglesia estática” y “una Iglesia dinámica”; no se trata de un juicio de valor, menos aún una contraposición entre dos Iglesias: la de antes y la de ahora. . . No faltaría más !

Después de 20 años podemos observar que no todas las manifestaciones de la Iglesia antes del Vaticano II eran estáticas, ni todas las posteriores son dinámicas. Lo que sí podemos afirmar es que la Iglesia ha caminado muchísimo en este rumbo, especialmente la Iglesia en Latinoamérica.

Esta Iglesia tiene sus dos expresiones oficiales más ricas en Medellín y Puebla. Sería fácil e interesante analizar cómo en ambos documentos se expresa este tránsito de una Iglesia estática a una dinámica, siguiendo las pautas de la eclesiología del Vaticano II, “descentralizándose” y respondiendo a las condiciones socio-culturales de nuestro Continente.

Vamos a señalar aquí sólo algunos aspectos:

En Medellín vemos claramente un “tránsito” de una Iglesia espiritualista a una encarnada; de una Iglesia proselitista a una Iglesia medianera; de una Iglesia de cristianidad a una Iglesia misionera; de una

Iglesia triunfalista a una Iglesia penitente; de una Iglesia centrada sobre sí, dando primacía a la verdad, a una Iglesia centrada sobre el hombre, dando primacía a la persona.

En Puebla, con su mensaje central “Comunión y participación”, vemos el tránsito de una Iglesia de privilegios y diseccionada a una Iglesia subsidiaria y de servicios; de una Iglesia centralizada, unipersonal y autárquica a una Iglesia descentralizada, colegial y solidaria.

Con su clara y definida “opción por los pobres” (entendiendo a éstos no como objetos de la acción pastoral o caritativa de la Iglesia, sino como sujetos de su propio destino, constructores de la nueva sociedad y de la Iglesia), vemos el paso de una Iglesia jurista, de prácticas rituales y de observancia, a una Iglesia evangélica, de vida santa y de testimonio.

Y de una Iglesia fixista, triunfalista y ajena a la historia a una Iglesia en evolución, penitente y empeñada en participar de la historia.

Y, sobre todo, de una Iglesia de medios potestativos a una Iglesia de medios educativos, que ha descubierto la eficacia de los llamados medios pobres.

Pero, lo que es más importante, la vida misma de la Iglesia, a través de sus comunidades, ha ido dando el cambio que se manifiesta muy

especialmente en las Comunidades Eclesiales de Base, empeñadas en una liberación integral, guiadas por el Espíritu nutridas permanentemente por la Palabra y la Eucaristía, y donde la vida de cada día de los cristianos nos va llevando a superar fácilmente el dualismo estéril.

Superado pues, el centralismo (cuya manifestación más patente era el latín) se van creando Iglesias particulares y comunidades con su dinamismo propio y encarnadas en su propia realidad.

Ciertamente que el vértigo del cambio, no sólo eclesial sino también cultural y social, hace que algunos pierdan el equilibrio; unos cayéndose para adelante, otros aferrándose al pasado como a un clavo ardiendo.

2. SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Existe hoy en la Iglesia, una preocupación generalizada respecto de los "signos de los tiempos" y de su necesaria interpretación. Las dificultades que afrontamos en ese sentido son muchas y variadas.

Una de ellas consiste en saber identificar esos signos que son más raros de lo que se puede pensar.

Es verdad que ciertos acontecimientos, técnicos o científicos, pueden encaminar la historia de los hombres en determinadas direcciones, dando origen a fases o etapas decisivas en la vida de un pueblo o aún de toda la humanidad.

No son por tanto, signos de los tiempos, los acontecimientos en sí mismos sino las nuevas respuestas a los desafíos por ellos creados. Son signos, los nuevos caminos encontrados.

En general, las nuevas respuestas y los nuevos caminos surgidos, indican, que comienzan nuevos tiempos trayendo consigo nuevos desafíos. Esto no sucede todos los días, sino en épocas de transición como la nuestra, lo que la hace privilegiada.

Y, dentro de los hombres de mentalidad común, algunos perciben ese desafío y procuran transformar su propia vida en respuesta adecuada, sin saber formular lo que viven y realizan, bajo la acción misteriosa del Espíritu del Señor.

En una época de transición el propio Señor se hace "signo" en Jesús, y el mundo de entonces, con excepción de algunos poderes del pueblo de Israel, no lo supo interpretar. De tiempo en tiempo imitadores de Jesús lo actualizan como signo, abriendo nuevos caminos de anuncio del Evangelio, caminos que alcanza directamente a los hombres, independientemente de sus condicionamientos históricos y culturales, despertando en ellos respuestas personales a una llamada recibida de un modo personal.

Percibimos hoy que ante el desafío del nuevo mundo que surge, comienzan a nacer, dentro de la Iglesia, intentos de respuestas nuevas, suponiendo más una cierta ruptura con las respuestas hasta ayer aceptadas.

Como fruto del Vaticano II, la Iglesia redescubre su situación histórica y el sentido humano de salvación. Como consecuencia de ese descubrimiento, oficialmente se define al servicio del mundo y de los hombres.

Sucede todavía que entre una toma de conciencia lógica y su realización vivencial, surgen obstáculos algunas veces provenientes de las estructuras eclesíásticas, frutos de otras mentalidades, de otras necesidades culturales que se eternizan impidiendo la vivencia de nuevas respuestas o la tentativa de encontrar nuevos caminos.

Dentro de la vida de la Iglesia, el nuevo concepto de misión que hoy aparece, es fruto, no de una especulación teológica sino de nuevos caminos que surgen, descubiertos y vividos por hombres nuevos, como respuesta a los desafíos de hoy.

Procurando interpretar esos tipos de respuestas, constatamos dos hechos:

- surge un nuevo estilo de comunidad cristiana simultáneamente en varios países dentro de una misma dinámica vivencial, teniendo diferentes puntos de partida y condicionamientos diferentes;

- surge también en varias partes del mundo, una opción por la vivencia de la pobreza y la austeridad como solidaridad con los oprimidos y protesta contra una sociedad de consumo que es deshumanizante y anti-evangélica;

Esa convergencia de nuevas respuestas encontradas al mismo tiempo en varias partes, tal vez constituya uno de los más evidentes "signos de los tiempos". Nos muestra, según nos parece, la acción del Espíritu Santo llevándonos a descubrir, la simplicidad y las exigencias del mensaje evangélico.

3. LA RESPUESTA DE HOY

Estamos pues, situados ante una nueva forma de vivir la Iglesia; de manera dinámica, no estática, integral, más acorde con la dimensión comunitaria.

Hoy no se pregunta cuál es el papel de los fieles seglares en la Iglesia. Hoy la pregunta es:

¿Cuál es la misión de la comunidad eclesial?

Comunidad, de la cual hacen parte sacerdotes y laicos, con ministerios diferentes, pero unidos y buscando los mismos objetivos; unidos en una Iglesia encarnada, parte del mundo. Iglesia y mundo no se perciben ya como realidades yuxtapuestas, sino una insertada en la otra.

Esta visión no se puede conciliar con aquella que separa las funciones en la Iglesia, en lo religioso y lo temporal, la primera como propia de la ministerialidad sacerdotal y la temporal como propia de la ministerialidad laical, que no es diferente a la visión de Iglesia y mundo como realidades paralelas.

Hoy surgen grandes cambios en conceptos fundamentales, como respuesta a los desafíos de la historia.

Es así, como nos situamos ante: Un nuevo concepto de la misión, de autoridad, de espiritualidad y por lo tanto, también ante un nuevo concepto de vida eclesial.

Nuevo concepto de Misión

Hoy concebimos la Iglesia en una actitud de servicio que se dirige principalmente a los no creyentes, a los aparentemente perdidos, a los que están fuera. Lo fundamental es la misión de evangelizar: Anunciar la Buena Nueva de salvación liberación a todos los hombres, haciéndoles descubrir que su situación vivencial, sea cual fuere, es solo un punto de partida de un largo camino de cara al objetivo propuesto: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

Ser Iglesia, es asumir su parte y su responsabilidad en esa misión.

La Iglesia no es, pues, el lugar donde están los que van a ser salvados.

Es un pueblo, el pueblo de Dios, constituido por aquellos que son llamados para anunciar el Reino, pueblo comprometido con la misión que Jesús le transfirió. Laicos y jerarquía son parte integrante de ese pueblo, y son iguales en dignidad. Tienen la misma misión, pero

cumplen una función diferente. Los laicos tienen una función como anunciadores del Reino, que se hace más efectiva, por su presencia más amplia y diversificada en las estructuras de la sociedad que debe ser humanizada, en la masa que debe ser fermentada.

La Jerarquía es un servicio especializado del pueblo de Dios.

A ella pertenecen aquellos que tienen la función de servicio integral al pueblo de Dios, animándolo, preparándolo y acompañándolo para el ejercicio fecundo y adecuado de su misión de anunciar el Reino de Dios.

Así se entiende la multiplicidad de ministerios eclesiales ejercidos en comunidad.

Hoy, entendemos que ser Iglesia supone estar inmerso en el mundo, en contacto con todas las personas, en permanente confrontación con todas las ideologías, en diálogo abierto con los que no comulgan nuestra fe, anunciando a todos la utopía cristiana del Reino que ya ha comenzado, con realizaciones limitadas en la historia.

Significa estar presente y participar en las diferentes estructuras sociales, fermentando la masa a través de una acción humanizadora, efectiva, en el mundo y no fuera de él. Aislarse y protegerse es una contradicción de la misión de evangelizar, de ser fermento en la masa.

Ser Iglesia es responder al llamado de Dios para asumir la misión de fermentar la masa, hasta que prevalezca en el mundo entero la justicia y el amor. Es un llamado que Dios hace a muchos, pero no a todos. Dios ofrece a todos la salvación.

Todos los hombres serán salvados por la práctica del amor basado en la justicia.

Pero solo algunos son convocados para llevar ese anuncio a todos los hombres.

Estos constituyen la Iglesia.

Hoy percibimos que no basta tener fe "en Jesús". Es necesario asumir la fe "de" Jesús, aquello en lo cual creyó, en su proyecto histórico, por el cual fue capaz de dar la vida.

Es asumir la causa de Jesús luchando por la humanización del hombre, denunciando todo lo que impide o retarda la irrupción del Reino en la historia de los hombres. Es creer que el Reino ya está presente en el mundo, cada vez que la justicia vence la injusticia y el amor surge donde había odio y competencia. Es creer que el Reino no se realizará en plenitud sino al fin de la historia, y que su edificación pasa por conquistas limitadas y parciales que el cristiano está llamado a realizar.

Si no se asume la causa de Jesús, no podremos dar testimonio de El,

según su palabra: "Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra".

Nuevo Concepto de Vida Eclesial

La Iglesia, Pueblo de Dios, en América Latina vive hoy un nuevo concepto de Iglesia. Nuevo, ya que redescubre, como su camino hoy, ante los nuevos retos, los grandes valores de las pequeñas comunidades cristianas.

El seglar busca hoy su ubicación en la Iglesia y los espacios para desarrollar sus carismas y ejercer su ministerio (servicio) en la Iglesia. Como en los primeros tiempos, los cristianos hoy experimentan a la Iglesia como una edificación donde los cristianos son las "piedras vivas". Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios" (I Pe 4,10).

En la sociedad actual masificada y masificante, los seglares encuentran un lugar, respuesta real y concreta para hacer los valores evangélicos realidad histórica (praxis).

Es este el lugar donde mujer y hombre, adulto y joven, sacerdote y seglar, personas y familias, unidos, ejercen la misión de la Iglesia, en su nuevo concepto, participando todos con un profundo sentido de corresponsabilidad. Aquí no hay protagonistas y espectadores, todos son protagonistas. Como comunidad eclesial participa del ministerio de Jesucristo, en la pluralidad de carismas y ministerios, que el Espíritu del Señor hace surgir.

Esta pequeña Iglesia, centro de comunión, vive por su esencia los valores de otra Iglesia menor: *La Familia*, Iglesia Doméstica. La familia es el lugar natural donde los seres se unen por amor, y a través de este se van complementando y haciendo más humanos a lo largo de su existencia. En este amor cada ser es reconocido como único e irrepetible y allí se identifica consigo mismo y con los seres que ama.

En esta comunidad de amor se desarrolla el proceso de maduración de la personalidad. En este centro de convivencia cada uno se va haciendo persona libre, consciente y responsable. Aquí se aprenden las más importantes virtudes sociales: la convivencia, el diálogo y la justicia, el respeto a los derechos de los demás. La familia enseña el equilibrio armónico entre el bien de todos y los intereses personales, como el secreto de la solución de los problemas comunitarios.

En la familia, se crece en la autonomía cuya esencia es de orden moral, intelectual, afectiva y social, que nos lleva a ser adultos capaces de tomar decisiones, de gobernar-nos nosotros mismos, con sentido crítico, capaces incluso de ir contra la opinión pública. La moral autónoma se logra cuando el respeto mutuo es suficientemente fuerte para hacer que la persona sienta el deseo de tratar a los demás como ella desearía ser tratada, aparece cuando considera necesario un ideal, independientemente de cual-

quier presión externa, y que es el producto del descubrimiento de valores y de las relaciones con los demás, no por reglas establecidas ni por cumplir la voluntad de personas o instituciones con autoridad, que pueden llevar a la obediencia sin reflexión. En fin, la autonomía nos hace seres libres.

De las comunidades, la familia es el lugar más privilegiado. En ella se comparte la totalidad de la vida y es a su vez fuente de vida, se comparte lo que se es, lo que se tiene y aquello de lo que se carece, las angustias, las tristezas y las alegrías. Todos sus miembros, en igualdad participan de ella.

Esta pequeña comunidad, Iglesia Doméstica, ofrece valores que de manera similar se viven en las comunidades eclesiales de base, en forma más ampliada. Además muchas veces son centro de reunión y comunión de las comunidades cristianas mayores. Así fue, también en los primeros tiempos del cristianismo. Recordemos la Iglesia que se reunía en casa de Aquila y Priscila, en la de Ticio y en la de Rufo, según las cartas del apóstol Pablo.

Hoy las pequeñas comunidades cristianas, con frecuencia también se reúnen en hogares de familias, que las componen.

Encuentran los cristianos, en la comunidad a otros, todos anhelando amar y ser amados. En estas, hombres y mujeres se sienten realmente comprometidos en la expresión de su fe, en su reflexión sobre su historia iluminada por la Palabra, en su celebración sacramental, en su

vivencia de la gran comunión eclesial, en su misión histórica en el mundo; dan testimonio de comunión entre sus miembros y con otras comunidades eclesiales.

Es así, como se vive hoy la Iglesia en América Latina, como respuesta a los múltiples desafíos, en comu-

nión con los obispos y en permanente actitud de servicio a los hombres en la historia.

El reto es grande, y aunque el camino escogido apenas comienza, se siente la fuerza del Espíritu actuante en las comunidades eclesiales.

BIBLIOGRAFIA

MORIN MARIO. Cambio Estructural y Ministerial de la Iglesia. Bogotá, 1979.

REIS, JOSE y BEATRIZ VALENZUELA, FELIX. Movimientos de Laicos en la Iglesia de Latinoamérica, Belo Horizonte, 1974.

STIEFKEN, PABLO y PATRICIA. La autonomía, en Aquí y Ahora 2., MFC (1983) 8 - 9.

STIEFKEN, PATRICIA. Una comunidad llamada Iglesia, en Aquí y Ahora 3; MFC (1983) 42-46.

VALENZUELA, FELIX. Ser Iglesia Hoy, en Aquí y Ahora 2; MFC (1983) 10-17.